

«**E**s él, Maharí, es Sinchi. Le vi la marca de Huari: las dos varas tras la oreja, por eso lo dejé. Mateo no es un niño cualquiera, lo sé. Yo he llevado muchos conmigo y él... es diferente. No pude llevarlo. Está protegido». Zapam Zucum estaba segura de lo que decía. Sus ojos negros almendrados se encendían al recordar su lucha contra el ave Indi, que se transformó en un ave colosal para defender al muchachito. «Igual debí llevármelo. Estaba trabajando y durmiendo en la calle, enfermo».

La bruja Maharí solo había ido a comprobar lo que sospechó tras el fracaso de Supay de intentar raptar al bebé gigante por intervención precisamente de Mateo.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —le reclamó Maharí—. Sabías que andaba buscándolo desde hace mucho.

—No es asunto mío. Yo quise llevármelo, porque no me gusta que los niños estén desamparados. Tú, en cambio, quieres robarle el alma...

—¡Cómo te atreves a criticarme! ¿Es que acaso te crees mejor que yo?



—No, qué osadía —le contestó Zapam Zucum con sarcasmo—. Digamos que somos diferentes. No tengo interés especial en ese niño, ni en su alma. Es toda tuya...

—¿Crees que necesito que me lo digas? Siempre ha sido mía.

—Bueno, explícaselo a Quilla. Ella lo protege. Yo no me voy a enfrentar a una diosa, no estoy loca.

Era una madrugada fría y húmeda en la gris Lima. Apenas comenzaba a amanecer y Mateo ya cargaba su canasta de pan caliente. «¡Cuatro por un sol!», gritaba parado sobre el puente peatonal de la carretera al sur. «¡Pan calentito!». Y la gente se acercaba atraída por el delicioso olor y los pegones del niño.

—¡Hola, Mateo! ¡Dame diez!

—¡Hola, María! ¡Solo diez hoy?

—¡Solo diez! Ni uno deberíamos comer en casa. Pero no podemos con la tentación. ¡Niño, tus panes son muy ricos!

—¡Ja, ja, ja! —se rio Mateo divertido. Él sabía que ese era el mejor pan de la zona, y la gente se levantaba muy temprano para comprárselo antes de que se acabara. Por eso, Mateo salía de su casa aun de noche para llegar a la panadería justo cuando saliera del horno. De ahí caminaba con un costalillo lleno a la espalda, y se iba en autobús hasta el puente peatonal donde, por lo general, ya había gente esperándolo con sus bolsitas de tela. De diez en diez, de quince en quince se los llevaban, y terminaba apenas en media hora. Luego, regresaba a su casa a hacer sus tareas, comer algo e irse al colegio por la tarde. Así pasaba sus días.

Pero esa mañana, mientras vendía a sus compradores de siempre, un extraño anciano, de voz vieja y andina, caminó hacia él sin el mínimo interés por el pan, le metió algo al bolsillo y le dijo al oído: «Recupera lo que es tuyo». Mateo volteó de inmediato para verle la cara, pero ya no estaba. Metió la mano en su bolsillo y encontró una pequeña piedra blanca. En ella, un diagrama. «¿Valle de almas?», pensó en voz alta.

Cuando se terminó el pan, volvió a concentrarse en la pequeña roca. Trazos en bajo relieve se dibujaban de maneras que Mateo no entendía. La analizó un rato, sentado en una de las gradas del puente. De pronto, nubes oscuras cubrieron el cielo y comenzó a llover como jamás llovía en Lima. No parecía una lluvia tropical, no. Ni una lluvia invernal traída por algún viento del norte, tampoco. Parecía más bien una lluvia de mal augurio, un aguacero portador de malas noticias. La gente corría asustada, una vieja ciega chillaba pronosticando un diluvio. Mateo se metió debajo del puente y se dio cuenta de que un niño más pequeño lo seguía y se cobijó de la lluvia a su lado.

—¡Hola! —le dijo amistoso como si lo conociera. Estaba todo cochino de pies a cabeza. Llevaba pantalones cortos y una camiseta. Tenía una carita simpática y, con toda seguridad, pecas debajo de esa mugre sobre su piel clara—. ¿Ya no tienes pan?

Mateo le sonrió.

—No, ya se acabó. Si vienes mañana más temprano...

—Yo quería hoy. ¿Tienes frío? —El pequeño tenía una vocecita aguda y melosa, y una mirada muy vivaz.

—Un poco.

—Yo no tengo frío. Siempre tengo calor. Aunque llueva mucho, como ahora. —No paraba de hablar. Arrimado muy junto a Mateo, ignoraba todo el caos que la inesperada tempestad producía en una ciudad acostumbrada a largas sequías. El viento empezó a soplar más fuerte y Mateo comenzó a tiritar—. ¡Ahora tienes mucho frío!

—Sí.

El niño de cara sucia se quedó observando la piedra blanca que Mateo tenía entre las manos. Este la guardó en su bolsillo.

—¿Qué es eso?

—No es nada, solo una piedra que me encontré.

—¡Enséñame qué tienes!

Mateo no quería enseñársela, pero no supo qué contestar. Se limitó a negar con la cabeza y metió la mano con disimulo al bolsillo.

—¿Por qué? —le preguntó insistente—. ¿Te la encontraste? ¿Qué es? ¿Puedo verla? ¿Qué dice?

—No es nada —respondió Mateo—. Ya tengo que irme. Adiós—. Mateo se puso de pie y comenzó a caminar hacia el paradero tratando de cubrirse de la lluvia con su costalillo. El impertinente lo seguía.

—No, espera, te la compro... —Mateo ni siquiera volteó para contestarle—. ¡Te la cambio por una chompa...!

Mateo apretó el paso y lo perdió. En cuanto vio que se aproximaba el autobús, sacó la mano para detenerlo y subió. Para su gran sorpresa, al sentarse se dio con que el niño estaba a su lado.

—¡Hola! —lo saludó entusiasta—. ¿Te pasó el frío?

Mateo se asustó al verlo: «¿Cómo habrá hecho ese niño para subir antes que yo?», pensó. Además, tanto su rostro como su ropa estaban secos a pesar de la lluvia.

—Sí, ya me pasó —le contestó, aunque era mentira.

—¿Estás yendo a tu casa?

Parecía una máquina de preguntas sin relación entre ellas.

—No.

—¿Adónde vas? Este carro va al norte. Tú vives al norte, ¿no?

—No voy a mi casa.

—Deberías ir a cambiarte esa ropa mojada... ¿Me muestras eso que tienes en el bolsillo?

Mateo metió la mano al bolsillo solo para asegurarse de que la tenía consigo. El autobús avanzaba ya sin recoger pasajeros, aunque había mucho espacio. Una mujer iba dándole de lactar a un bebé, dos hombres con anteojos oscuros cargaban maletines de oficina, se dormían con el paso tonto del vehículo. Una viejecita de larga trenza y sombrero de paño llevaba una bolsa azul de mercado. De pronto, Mateo sintió mucho frío y percibió un olor asqueroso como de excremento humano. El cobrador, un joven negro, iba silbando una canción de la radio. El chofer parecía concentrado en la carretera resbalosa. Mateo sintió mucha desconfianza y pensó en bajarse; el niño extraño esperaba que le mostrara la piedra.

Los automóviles iban muy lento debido a la lluvia. Entonces, oyó unos golpecitos en la ventana, ¡toc, toc, toc! Se levantó de su asiento para asomarse y se encontró con una muchachita que lo llamaba desde afuera.

—¡Mateo, sal pronto! —le gritó.

Él jamás la había visto en su vida: de piel cobriza y ojos pardos. Largo cabello negro sujeto en dos trenzas, con una túnica de colores y una manta con diseños andinos sobre los hombros. Nada de eso, sin embargo, era tan peculiar como el hecho de que viniera cabalgando en un caballo blanco en plena lluvia y avanzara junto al autobús. Mateo observó un instante a los demás y nadie parecía percatarse de la jovencita. Se asomó por la ventana.

—¡Corre, Mateo! ¡Ven conmigo! —le volvió a gritar.

Y cuando volteó a mirar al niño a su lado, le sostuvo la mirada. La sangre se le heló: ese niño tenía los ojos amarillos y pupilas de víbora, y le crecían largos colmillos; la piel se le estaba oscureciendo y asomaban algunas escamas debajo de la suciedad de su rostro, mientras su cólera se hacía más y más evidente. Mateo estaba muy asustado y quiso saltar por la ventana sobre el caballo blanco. Pero el niño lo agarró de las piernas y, con una voz muy grave y aterradora, le exigió:

—¡Dame esa piedra ahora! —Lo jaló y cerró la ventana.

Mateo trataba de alejarlo con patadas y gritos:

—¡Déjame! —vociferaba.

Ningún pasajero prestaba atención. Fue cuando el bebé que lactaba en los asientos de adelante, que aparentaba apenas unos meses de edad, saltó de pronto y resultó ser una criatura demoníaca, todo cubierto de sangre, y con una larga lengua verde. Se arrastraba hacia Mateo usando las manitas y emitiendo agudos sonidos ininteligibles. Y la madre lo llamaba con una naturalidad escalofriante: «Ven, mi bebé, deja al jovencito que le dé la piedra a su amiguito». Mateo alcanzó a abrir la ventana



otra vez y empezó a pedir auxilio. «¡Ayuda!», gritaba. Y sus gritos se mezclaban con los de tanta gente que andaba de acá para allá espantada con tanta agua, y nadie le prestaba la mínima atención. La madre volteó a llamar al bebé diabólico de nuevo. Sus ojos desorbitados y totalmente negros estaban fijos en su criatura infernal: «Ven, mi pequeño, no molestes al jovencito que no tiene mamá, pobrecito».

Mateo sintió un puñal en el corazón. Pensó en su mamá. Había hablado con ella cada domingo desde que se fue a cuidar a su tía enferma a la sierra, hace ya tres meses. Pero el último domingo no lo había llamado a la bodeguita de la esquina. Mateo se extrañó, pero pensó que, tal vez, no había podido ir al centro comunal a usar el teléfono. El lunes comenzó pronto y no quiso pensar en nada malo, así llegó el viernes. ¡Y ahora esa mujer horrible decía que él no tenía mamá! ¿Quién era ella? ¿Por qué decía eso? El niño, que seguía transformándose cada vez más en un pequeño demonio escamado, lo sujetaba de los pies y no le permitía saltar.

El autobús seguía avanzando. Mientras, los rostros de los dos hombres de maletín empezaron a derretirse, a escurrirse como cera al calor. Cuando la nariz se les desapareció, dos hoyos negros quedaron en el centro de sus caras, se les cayeron los anteojos oscuros: sus ojos eran completamente blancos. También perdieron la boca ¡y los dedos de sus manos estaban creciendo! Los larguísimos dedos se acercaban también, junto con el bebé, hacia el asiento trasero donde Mateo luchaba por librarse del niño demoníaco y saltar. La lluvia se colaba por la ventana y la muchacha cabalgaba muy cerca: «¡Salta, Mateo, salta!», insistía.

Como si aquello fuera tan sencillo para el pobre Mateo. El chofer, que lo miró por el espejo, comenzó a reírse sin sentido y empezó a ir más rápido, haciendo maniobras imprudentes. El cobrador negro se volvió más negro y los ojos se le pusieron rojos, sacó un látigo que primero azotó amenazante en el aire, ¡zas!; después lo lanzó directamente al cuello de Mateo, lo enredó en su garganta y lo asfixiaba sin compasión. Por instinto, se llevó la mano al pecho y sintió la cruz de plata que le colgaba, aquella que le diera el padre Alfonso para protegerlo de los demonios: la empuñó contra todas aquellas criaturas. Oyó chillidos ensordecedores. El látigo le soltó el pescuezo, el bebé sangriento y los largos dedos se detuvieron espantados. Mateo empujó al niño endemoniado y corrió hasta la puerta, tiró del cordón para bajar y el carro se detuvo toscamente.

Nadie se atrevió a acercarse mientras Mateo sostenía la cruz de plata, pero el niño diabólico de ojos amarillos lanzó un enérgico escupitajo que cayó justo donde Mateo acababa de poner su mano y en seguida le quemó la piel. «¡Ay!», gritó y soltó el crucifijo. La puerta se abrió y Mateo se lanzó sobre el caballo blanco, pero resbaló y el niño-diablo, que ya salía tras él, saltó para retenerlo justo cuando la niña jinete arreó al caballo y levantó de un tirón a Mateo. Y el pequeño demonio se quedó sentado en medio de la calle sin poder alcanzarlo.

La chiquilla aceleró el paso. Cabalgaba entre los autos de la carretera como una amazona. Mateo estaba aferrado a su cintura con miedo de caerse, la mano le ardía. Temía voltear y ver al niño alcanzándolos.

—¿Tienes la piedra? —le preguntó ella.